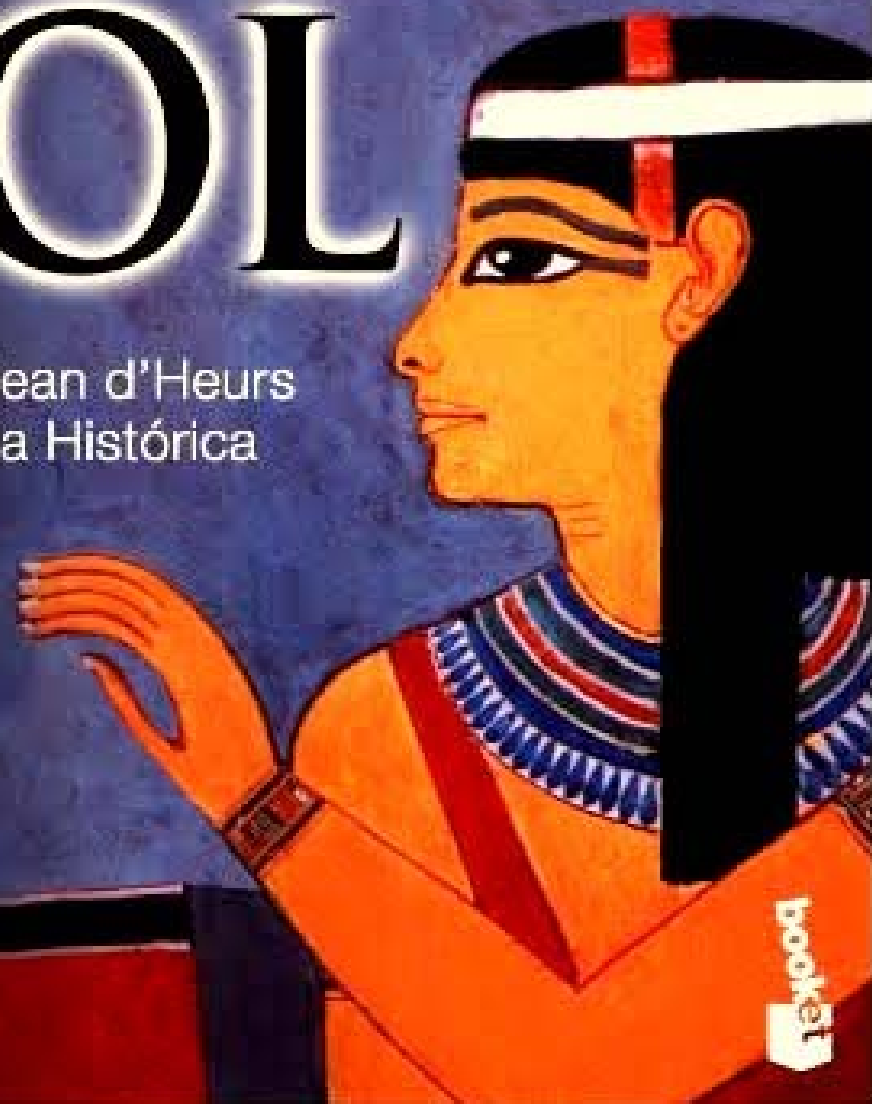


CHRISTIAN  
JACO

LA REINA  
SOL

Premio Jean d'Heurs  
de Novela Histórica

BESTSELLER



booket

La Reina Sol

Christian Jacq

Traducción de Manuel Serrat Crespo

Cubierta: Romi Sanmartí

Ilustración: Trono de Tutankamón. Museo Egipcio, El Cairo.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos, así como la exportación e importación de esos ejemplares para su distribución en venta, fuera del ámbito de la Comunidad Económica Europea.

Título original: La Reine Soleil, publicado por Éditions Julliard, París.

© 1988, Julliard

© 1991, Ediciones Martínez Roca, S. A.

Gran Vía, 774,7.º, 08013 Barcelona

ISBN 84-270-1486-4

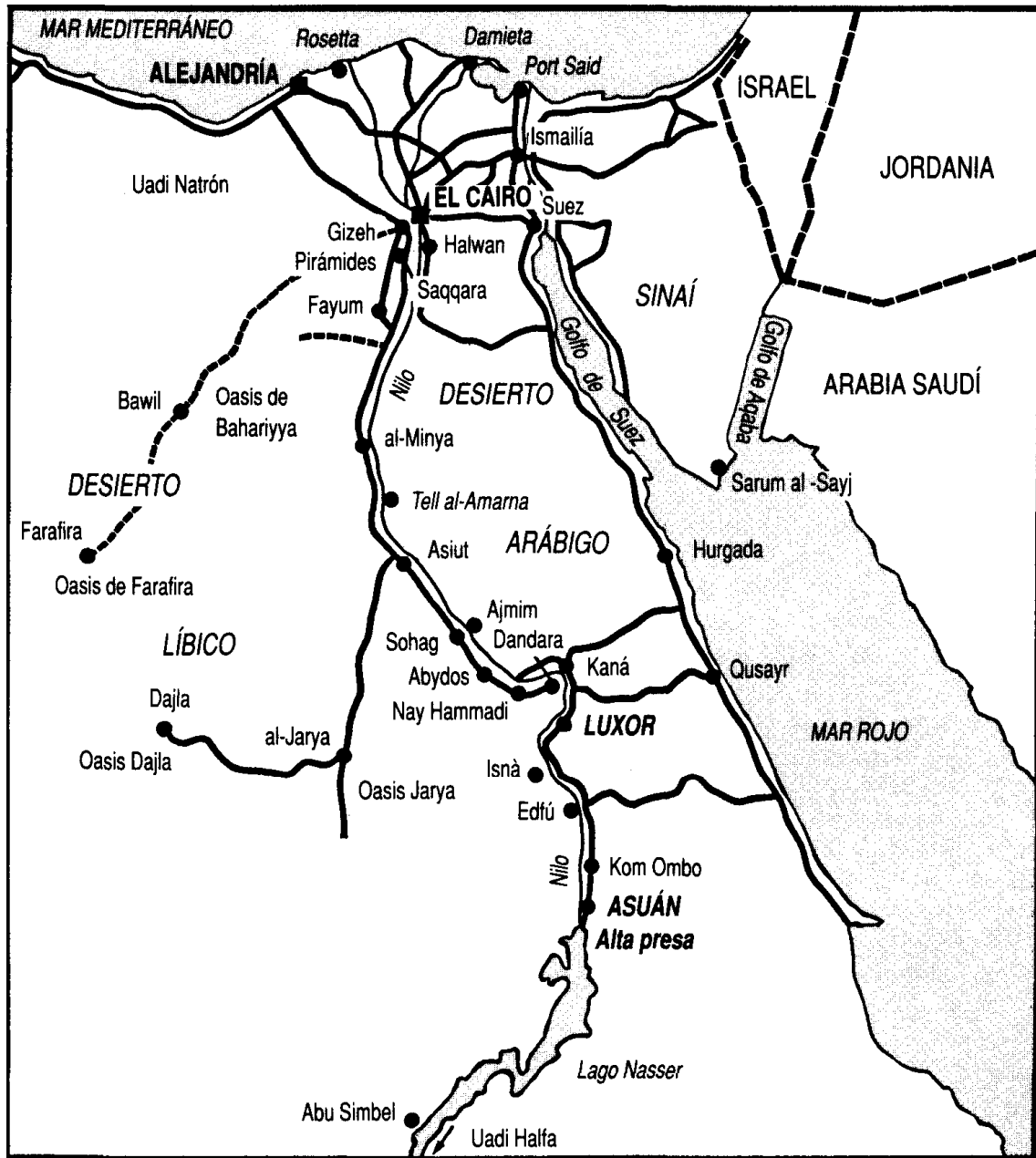
Depósito legal B. 7445-1991

Impreso por Libergraf, S. A., Constitució, 19,08014 Barcelona

Impreso en España - Printed in Spain

*El hombre es arcilla y paja.  
Dios es su creador.  
El hombre ignora los planes de Dios.  
Que se ponga en sus manos.*

Sabiduría egipcia



## 1

Cuando Akhesa abrió los ojos, alboreaba. La sangre del primer sol inundaba el Nilo. La ciudad de la luz<sup>1</sup>, capital del faraón Akenatón y de su esposa Nefertiti, despertaría muy pronto. Por las calles flanqueadas de casas blancas pasaba ya la primera escuadra de policías, que se disponía a relevar a la guardia apostada en las fronteras del territorio de Atón, el divino sol.

Desde que en la ciudad del sol circulaban inquietantes rumores sobre la salud del faraón, la presencia de policías y militares era cada vez más numerosa. Algunas malas lenguas se atrevían incluso a afirmar que Akenatón, presa de crisis de locura mística, se había peleado con la hermosa Nefertiti, cuyas repetidas ausencias durante las ceremonias oficiales desataban las habladurías de los cortesanos.

Con sus ojos de un verde claro, Akhesa contempló durante largo rato el sol de aquella mañana de finales de invierno, que, cual bola de fuego, daba vida a todos los seres que tocaba con sus rayos. No se cansaba de admirar el grandioso espectáculo que calmaba sus angustias. En aquel momento lo apreciaba más todavía. Sus jóvenes pechos se hinchaban con legítimo orgullo. A sus catorce años, Akhesa era una magnífica mujer morena, de cuerpo delgado y esbelto. Se sentía adulta, liberada de las preocupaciones de la infancia. Los juegos de los adolescentes ya no le interesaban. En su cabeza y en su corazón se había operado una extraña metamorfosis que la había impulsado a huir. Desde hacía un día y una noche, Akhesa se ocultaba. Quería descubrirse, comprender las leyes de su propio destino.

Vestida con una corta túnica de lino blanco, descalza y sin joyas, Akhesa había conseguido avanzar de calleja en calleja, de jardín en jardín, de tejado en tejado. Ninguno de los hombres enviados en su búsqueda la había alcanzado. Excelente conocedora de todos los rincones de la ciudad, se había deslizado sin vacilación por el dédalo de villas del barrio de los nobles, al sur de la ciudad, pasando tras las ricas mansiones del sumo sacerdote y de los ministros, y ocultándose en algún bosquecillo en cuanto vislumbraba un uniforme. Contorneando el palacio de recreo del faraón y el lago donde a la familia real le gustaba navegar en ligeras barcas, había llegado al centro de la capital para confundirse mejor entre la muchedumbre que deambulaba por la vía real, la cual bordeaba el inmenso palacio de Akenatón a lo largo de más de

---

<sup>1</sup> El nombre de la capital fundada por Akenatón, «El que resplandece por Atón», era Aketatón, literalmente «La región de luz del dios Atón». A menudo se la cita por su nombre árabe, Amarna, El-Amarna o Tell el-Amarna, y se hallaba situada en el Egipto Medio. La antigua capital, consagrada al dios Amón, era Tebas, situada más al sur. Ambas ciudades distan unos 300 kilómetros. La acción transcurre en el siglo XIV a. de C, durante el período que se ha dado en llamar Imperio nuevo. El señor de Egipto es el faraón Akenatón, que accedió al trono hacia 1364.

ochocientos metros. El puente que cruzaba la vasta arteria permitía a los notables circular con comodidad y acudir con presteza, desde sus despachos, a la sala de audiencias del faraón.

Al pasar ante el ministerio de Países Extranjeros, Akhesa fue descubierta. Los ojos de un comandante de carros se clavaron en los suyos. Sin embargo, antes de que éste tuviera tiempo de avisar a sus hombres, la fugitiva se escabulló entre un cortejo de escribas que se dirigía, a paso medurado, hacia la Casa de la Vida, y desapareció. Luego adelantó a un grupo de músicos que salían del templo y abandonó la vía real para sumirse en el barrio de los comerciantes, al norte de la ciudad. En aquel coloreado y bullicioso arrabal donde se instalaban sin cesar los recién llegados, la muchacha consiguió coger algunos dátiles del puesto de un vendedor. A continuación, se ocultó en un taller de carpintería, que todavía no estaba ocupado, para recuperar las fuerzas.

Sus perseguidores no eran ingenuos. Dirigidos por varios escribas del ejército y por el jefe de la policía, estaban peinando paciente y metódicamente la ciudad. Ninguna casa escaparía a sus investigaciones. Al caer la noche, Akhesa se vio obligada a lanzarse a lo desconocido. Penetró en un gran conjunto de obras donde se edificaba un nuevo barrio destinado a los obreros de la metrópoli.

El miedo le oprimía el corazón. Todo su cuerpo se estremecía. Aquella no era ya la maravillosa ciudad soleada y de floridos jardines, sino una zona inquietante poblada de bloques dispersos, montones de ladrillos y andamios. Merodeaban algunas sombras, hienas procedentes del desierto en busca de carroña o perros vagabundos que cazaban. En aquella estación, la noche era fría. Era imposible encender un fuego, pues habría llamado la atención de las patrullas. Por fortuna, Atón había concedido a Akhesa un excepcional vigor alimentado por la más resplandeciente salud. Dominados sus temores, se acurrucó y se sumió en un profundo sueño infantil, reconfortada por la certidumbre de que nadie la buscaría en un lugar semejante.

¡Qué suave era el sabor de la libertad! Era más dulce que la miel, más embriagador que la cerveza festiva. Akhesa no lamentaba su locura. La saboreaba, felicitándose cada vez más por haber roto el círculo de las costumbres que le imponían y haber demostrado que era capaz de desafiar a centenares de hombres. ¡Y su hazaña no había concluido todavía! No sólo sabría obtener alimento y vestido, sino que continuaría desafiando durante mucho tiempo aún a quienes creyeron poder apresarla con facilidad.

Tan sólo echaba de menos un objeto: su espejo. «Mejor así -pensó-, Debo de estar horrible con el rostro lleno de polvo y el cabello revuelto.» Debía aceptar las severas condiciones que aseguraban su victoria.

Mujer... Sí, acababa de convertirse en mujer. La sangre que había manado de su vientre la elevaba a la dignidad de un ser independiente y responsable. Ya podía dar hijos al hombre que elegiría para compartir con él su vida. No había querido confiar a nadie aquel secreto, salvo al sol, el desierto y la noche. Había aguardado tatito aquel momento, que algunas de sus compañeras de juego habían conocido antes que ella haciéndola objeto de sus burlas. Pesadumbres ya olvidadas. Akhesa había recuperado el tiempo perdido. No sólo su cuerpo había cambiado, sino también su corazón. Sentía

en lo más profundo de sí misma el poder solar del dios Atón, aunque fuera un sacrilegio. Sólo Akenatón, único sacerdote del dios único, tenía derecho a experimentar tal sensación.

Un ruido rompió el silencio. De un montón de ladrillos surgieron de pronto dos grandes lebreles seguidos por una escuadra de policías. Akhesa se levantó y dejó escapar un grito. Los perros habían venteado su presencia y se dirigían hacia su escondrijo. Entrenados desde su más tierna edad, aquellos animales sabían ser temibles asesinos.

La joven no había imaginado así el final de su escapada. Nunca hubiera imaginado que la princesa Akhesa<sup>2</sup>, tercera hija de Akenatón y Nefertiti, perecería con la garganta desgarrada por los colmillos de los lebreles de la policía de su padre.

-¡Detenedlos! -gritó Mahú, el jefe de policía.

La orden había surgido demasiado tarde de sus labios. Impotente, Mahú asistió al asalto de los lebreles.

Se cubrió la cara.

Akenatón, su señor, jamás le perdonaría semejante error. El faraón y su esposa sentían un inmenso amor por sus seis hijas. Mahú se había equivocado al soltar los perros, pero no esperaba descubrir a la princesa fugada en aquel desierto lugar, que había registrado por azar. Horrorizados, los policías habían bajado sus garrotes. Al igual que su jefe, serían condenados a una severa pena por no haber conseguido impedir el drama.

Akhesa clavó sus ojos en los del primer lebrele que saltó hacia ella. Una loca esperanza la había dominado.

-¡Carnero! -exclamó-. Carnero, eres tú...

El perro se detuvo en seco. Su compañero se le adelantó con los músculos dispuestos al ataque.

-¡Tiéndete, Toro! -gritó Akhesa, interrumpiendo el impulso de su agresor.

Ambos lebreles, agitando la cola, lamieron los pies de la princesa. Akhesa les acarició la cabeza, como lo había hecho cien veces cuando, niña todavía, los alimentaba en la perrera real. Carnero y Toro, gracias a la rapidez de su carrera, habían sido destinados a tareas de vigilancia. Akhesa ignoraba que el amor que les había ofrecido un día le salvaría la vida.

Mahú, caminando con pesadez, se aproximó a la muchacha.

-Princesa, tenéis que acompañarme a palacio. Vuestro padre está furioso.

---

<sup>2</sup> Para que la lectura resulte más fluida, se ha adoptado como nombre para la heroína de esta novela el de Akhesa. Su nombre egipcio era Ankhes-en-pa-Atón, «Vive para Atón». Resulta imposible precisar la edad exacta de los protagonistas de acuerdo con las fuentes históricas. Por lo que concierne a Akhesa y a Tutankamón, se supone que la primera tenía de doce a quince años, y el segundo de diez a trece, cuando esta historia comienza.



## 2

El palacio principal de Akenatón se erigía sobre una eminencia, en el centro de la ciudad del sol. Para acceder a las estancias privadas del soberano, era necesario cruzar unos jardines dispuestos en tres terrazas que ascendían hacia la luz. El inmenso edificio, que estaba construido en ladrillo, presentaba un aspecto aéreo, casi irreal. Numerosas salas estaban decoradas con pinturas: ocas salvajes que se debatían en un estanque, un joven ternero retozando, peces deslizándose entre flores de loto y mariposas revoloteando. Alrededor de las columnas se enroscaban plantas trepadoras y pámpanos de viña. Las maravillas de la naturaleza, regeneradas cada mañana por el divino Atón, cubrían techos, paredes y suelos.

Desde la terraza superior del palacio, se veía un vasto jardín que se extendía, en dirección al Nilo, hasta el embarcadero privado de la familia real. En las orillas, los jardineros cuidaban los arriates de flores.

Mahú había dejado a la princesa Akhesa en manos de un mayordomo que, tras haberse inclinado ante ella, la había conducido a las salas de invierno, provistas de un hogar redondo excavado en el suelo. Allí crepitaban algunas hogueras que caldeaban la atmósfera. El humo escapaba por pequeñas ventanas abiertas en el techo.

Akhesa fue introducida en un cuarto de baño donde la aguardaban dos jóvenes sirvientas desnudas, que despojaron a la princesa de la túnica mancillada. Luego la ayudaron a tenderse sobre una larga hilera de piedras calientes, en las cuales se había practicado unas regatas por donde corría el agua. La princesa la sentía deslizarse voluptuosamente por su cuerpo, mientras las sirvientas la lavaban con cuidado, borrando las injurias que la arena y el polvo habían infligido a su piel dorada. Akhesa disfrutó el infinito placer de ser bella y estar limpia. Se estremeció de satisfacción bajo el rocío de esencias perfumadas.

Levantada con delicadeza, la princesa se contempló en el espejo que le tendía una de las sirvientas, mientras su compañera disponía el peinado de Akhesa, retorciendo los mechones castaños antes de cubrirlos con una peluca de largas trenzas. La hija del rey fue vestida con una toga de lino transparente que dejaba adivinar los pezones rosados de su pecho y el oscuro vello de su sexo. Después le aplicaron una línea de maquillaje verde para subrayar la perfecta curva de sus cejas.

La puerta se abrió ante el mayordomo de palacio.

-Su Majestad os espera, princesa.

Akhesa siguió al servidor a través de un largo pasillo, bañado por una luz que se filtraba por innumerables aberturas. En el palacio del rey, como en toda la capital, los rayos del divino sol debían tener libre acceso. El mayordomo se detuvo ante la entrada del gabinete privado de Akenatón, donde nadie, salvo los miembros de la familia real, tenía derecho a penetrar.

Akhesa se recogió, inquieta. Desde hacía más de dos meses veía a su padre en contadas ocasiones. ¿Qué había sido de aquellos momentos de felicidad en los que la princesa, acompañada de sus hermanas, degustaba copiosas comidas servidas por sus propios padres, despreciando toda etiqueta, y circulaba libremente por el palacio, llenándolo de alegres gritos e inventando mil juegos? Akenatón y Nefertiti, desnudos, la tomaban en sus rodillas y le contaban divertidas historias. Sus padres habían suprimido el protocolo para llevar, en compañía de sus hijas, la más sencilla y apacible de las existencias familiares.

Y, de repente, todo había cambiado sin que le dieran la menor explicación. El faraón se había vuelto distante e inaccesible incluso para sus íntimos. Nefertiti se había encerrado en el silencio de su propio palacio, lejos de su esposo. La dulce y tranquila felicidad se había roto brutalmente. Ahora, todos vivían aislados. La riqueza y el bienestar habían perdido su gusto afrutado.

El mayordomo empujó la puerta de cedro del Líbano. Akhesa entró en el gabinete particular del faraón, una estancia casi vacía. Ninguna decoración en las paredes. Tan sólo una mesa de trabajo y una silla de ébano, que Akenatón había colocado ante una amplia ventana desde donde contemplaba los jardines inundados de sol.

El omnipotente soberano del Doble País era un hombre alto, muy delgado, de cráneo alargado y rostro demacrado. Unos salientes pómulos y unos ojos profundamente hundidos en las cuencas subrayaban el aspecto enfermizo de un ser que, años atrás, demostraba una soberbia que imponía respeto a todos.

Akhesa cerró silenciosamente la puerta a sus espaldas. Su padre ni siquiera parecía haber advertido su presencia. En la mesa había un rollo de papiro en el que, con su fina escritura, el rey había dibujado varias columnas de jeroglíficos. El comienzo de un himno al dios solar, al ser divino que ocupaba todos sus pensamientos.

La princesa dio algunos pasos, dividida entre el temor a interrumpir la meditación de su padre y el deseo de verle interesarse por ella. Luego se quedó inmóvil. Por fin, él volvió la cabeza y la descubrió. Akhesa se arrodilló y olisqueó el suelo ante el faraón, su señor, como correspondía a todo súbdito fiel a Su Majestad.

Akenatón levantó a su hija.

-No, tú no. Eres carne de mi carne. Mi sangre corre por tus venas.

-Padre, te ofrezco el respeto debido a un dios -objetó Akhesa con voz tierna, manteniendo la cabeza inclinada.

Akenatón sonrió.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

